

Capítulo 3

EXPERIENCIA DE TRABAJO E INTERSUBJETIVIDAD

Las breves referencias históricas y teóricas presentadas en los capítulos que preceden permiten mostrar cómo el trabajo productivo en la sociedad capitalista se configuró sobre la base de la utilidad del trabajo para la sociedad y en la búsqueda de la satisfacción y la felicidad individual. Sin embargo, aunque no lo destacan, se puede advertir que la dimensión intersubjetiva ligada a la construcción del significado social en torno al trabajo y a las relaciones sociales que de ahí se derivan, no ha sido suficientemente explorada. La perspectiva intersubjetiva del trabajo pone el énfasis en lo relacional; es decir, en la manera como en las relaciones se construye la idea de un “nosotros” en torno al trabajo. De este modo, si bien considera el punto de vista del sujeto, lo trasciende hacia sujetos en relación y en la medida que también da relevancia al punto de vista del otro, implica el mutuo reconocimiento. De eso se ocupa el presente capítulo.

Comprender desde la intersubjetividad la experiencia que sobre el trabajo construyen profesionales del trabajo social implica ubicarse en un ángulo particular para pensar la realidad social. En concreto, nos referimos a las tradiciones hermenéuticas e interpretativas de la investigación cualitativa que problematizan la tradicional oposición entre objetivismo y subjetivismo en las ciencias sociales. Nos interesan aquellas tradiciones que se preocupan por la comprensión del significado y la significatividad de la experiencia desde sujetos en relación. Esta perspectiva no se reduce a la autorreferencialidad, ni a la reflexión sobre sí mismo, y aunque no las excluye, el acento está puesto en la reflexión y en la conciencia de un nosotros, que para este caso representa a “profesionales del trabajo social”. Entendemos así que la intersubjetividad trasciende la idea del sujeto para pensar la forma de participación común, la coexistencia y la conciencia de una relación yo-tú en un contexto de trabajo (Gadamer, 1998).

En consecuencia, entendemos que la intersubjetividad que un colectivo de profesionales construye sobre el trabajo, no puede analizarse de manera aislada a un contexto espacio-temporal, sino desde la articulación con experiencias y visiones de futuro en las que se expresan múltiples sentidos (Zemelman, 1997). Se trata, siguiendo los planteamientos de Zemelman, del encuentro de una pluralidad de proyectos de vida. Si bien es claro que los sujetos son agentes, también lo es que hay asuntos que no tienen bajo su control, pero no los determinan, lo que tampoco borra la existencia de reglas, jerarquías sociales y distribución de poder que deben ser analizadas, en tanto no existen al margen,

sino que son negociadas a lo largo del tiempo. En este orden de ideas entendemos y asumimos que la estructura no es fija sino que depende de las prácticas de los sujetos; esto es, que los sujetos tienen agencia; sin embargo, la agencia no puede ser entendida como una voluntad individual, sino como efecto de procesos históricos; es decir, los sujetos no son uniformes ni autónomos, sino individuos en relación cuya agencia se crea a través de situaciones (Scott, 2001).

Por otro lado, esta perspectiva se ubica en el terreno de la comprensión del mundo de los significados que se construyen socialmente y no del mundo interno; es decir, significados y significaciones incorporados —muchas veces no conscientes—, que se expresan en el mundo práctico (Bourdieu, 1979). Esto supone que, si bien hay asuntos del orden racional y de la reflexión en torno a los cuales se configura experiencia en tanto reflexión sobre una vivencia, también lo es que no todo es captado significativamente y de manera consciente por los sujetos.

En efecto, en tanto la vida cotidiana aparece ante los sujetos como un mundo que se da por sentado, suele no reflexionarse. Así, la experiencia puede ser entendida como una mirada reflexiva en torno a las vivencias de la vida cotidiana (Schutz, 1993), en este caso, las vivencias de trabajar. La posibilidad de la reflexión es un ejercicio de síntesis en el que se condensan vivencias que suelen ser diversas y dispersas, de modo que la reflexión realizada por el sujeto permite reunir las y sintetizarlas. Así, plantea Schutz, se configura un contexto de significado; las vivencias “están en un contexto de significado solo si —una vez que han sido vivenciadas en etapas separadas— se constituyen en una síntesis de orden superior, transformándose con ello en objetos unificados de la atención monotético” (Schutz, 1993, p. 104). La experiencia en este proceso aparece como un esfuerzo de síntesis que se expresa en “lo que uno ya sabe”, de tal manera que todas las percepciones del sujeto son reunidas en el contexto de la experiencia. La experiencia es así incorporada, acumulada y se renueva y se amplía con cada nueva vivencia.

¿Cómo se da entonces la interpretación de la vivencia? Para Schutz se trata de un proceso de or-

denamiento de la vivencia que hace el sujeto y le facilita pasar de lo desconocido a lo conocido; se trata de un “material ya organizado en categorías” que permite acercarse a las autoexplicaciones que el sujeto elabora. Al respecto, se señala que “ninguna vivencia puede agotarse mediante un solo esquema interpretativo. Más bien, cada vivencia está abierta a múltiples interpretaciones” (Schutz, 1993, p. 114), pero en todo caso, para el autor, la interpretación del significado se da en la esfera intersubjetiva.

La experiencia también puede entenderse como una combinación heterogénea de varias lógicas de acción, que incluso pueden ser contradictorias entre sí, y que de hecho evocan fenómenos que pueden ser mutuamente excluyentes. Por un lado, el sentir —ligado a lo emocional— y, por el otro, lo cognitivo —ligado a las categorías del entendimiento y la razón— (Dubet, 2010). Si bien la experiencia se remite a formas de reflexión, autoexplicación, interpretación y significados que el sujeto da a su acción, también lo es que se constituye intersubjetivamente. En efecto, la experiencia no le pertenece al sujeto (Dubet, 2010), los sujetos ni poseen, ni tienen experiencia, son constituidos por ella (Scott, 2001).

Intersubjetividad y trabajo

“El mundo se nos revela, o lo revelamos, como esencialmente intersubjetivo e involucra a seres que se corresponden unos a otros, que concuerdan y que se observan a sí mismos como análogos”.

(Varela, 2003, p. 17)

“Fenomenológicamente en realidad no tiene mucho sentido separar el plano individual del colectivo porque ambos estructuran el vínculo subjetivo con el trabajo”.

(Dejours, 2015, p. 55)

Gadamer rastreó en la filosofía la génesis del concepto de intersubjetividad y sus relaciones con otros conceptos como sujeto, persona, conciencia de sí mismo y reflexividad. Su punto de partida fue el concepto de subjetividad, al considerar imposible deslizar al uno del otro. Y en ese sentido encontró,

por un lado, que desde Husserl y su fenomenología trascendental el concepto —de subjetividad— se generalizó y, por otro, que fue a través de Schutz que el debate por la vía de la intersubjetividad se introdujo a las ciencias sociales.

Al parecer para los griegos el concepto no estaba ligado a una idea de reflexividad, que en cambio sí fue central en los desarrollos posteriores, ni tampoco a una idea de autorreferencialidad, como se comenzó a entender en Occidente. Si bien Gadamer encontró que esa reorientación pudo ocurrir a partir de la afirmación cartesiana del “pienso luego existo” y de la idea de Locke (“mientras piense, piense lo que piense”), planteó que fue Kant quien desarrolló el concepto de subjetividad y lo ubicó en la cumbre de los procesos que acompañan nuestras representaciones, de modo que, afirmó, la reflexividad entró a ser central en la filosofía “en tanto pensamiento del pensamiento”. Agrega que fue Nietzsche quien atacó el principio idealista de esta concepción planteando la necesidad de “dudar de forma más meticulosa” (Gadamer, 1998, p. 15), pues creía que tomar como un hecho lo que se manifiesta a la conciencia, resulta ingenuo. Y en ese orden de ideas planteó que más que hechos, lo que existen son interpretaciones sobre los mismos. La subjetividad en este planteamiento se asume como un hecho interior que no es observable, sino que de alguna manera se refiere a un modo de vivenciar lo que acontece; asumido así, implica una perspectiva sobre una vivencia (Dussel, 1999); sin embargo, y a pesar de que se trata de algo interior, tal vivencia está constituida intersubjetivamente.

¿Cómo interpelan estas reflexiones el tema de la intersubjetividad? De acuerdo con Gadamer, fue Husserl quien reivindicó la importancia de la intersubjetividad en la constitución del mundo, entendiéndola como una forma de participación común y considerando que es solo a través de dicha participación como resulta posible imaginar la coexistencia y la conciencia de una relación con otro —“yo-tú”—. En otras palabras, la intersubjetividad implica una relación. Que se diga “el otro”, cambia la perspectiva en tanto visibiliza una relación de intercambio y reciprocidad —también la tensión y el conflicto—, y en ese sentido se abre hacia la comprensión. Así lo afirmó Gadamer (1998): “el refuerzo

del otro en contra de uno mismo es lo que ofrece en realidad la posibilidad de comprensión” (p. 22); esto es, darle al otro validez frente a uno mismo. La intersubjetividad implica reconocer las limitaciones que tiene la propia perspectiva —la de uno mismo—, a la vez que exige ir más allá de las propias posibilidades a través de un proceso “dialógico, comunicativo y hermenéutico”, con otro con quien se participa de un escenario común.

El concepto de intersubjetividad en las ciencias sociales

Ya hemos señalado que fue Schutz quien introdujo la reflexión sobre la intersubjetividad en las ciencias sociales. Para él resultaba relevante identificar cómo se produce la comprensión recíproca; es decir, interrogó acerca de cómo se comprende a los demás mientras se es comprendido por ellos (Ritzer, 1997). Ello quiere decir que la intersubjetividad implica explorar la comprensión que el sujeto hace de los significados y las acciones de otros sujetos, a la vez que implica una mirada hacia sí mismo frente a su relación con el otro: un retorno sobre sí (Filloux, 1996).

Desde ese punto de vista el mundo intersubjetivo no es un mundo privado; por el contrario, se trata de un mundo en el que se comparte un mismo espacio y tiempo —experiencia compartida, rutinas que estructuran la cotidianidad—, y por ello está ligado al encuentro y al mutuo reconocimiento. El epicentro de la intersubjetividad es en este orden una comunidad intersubjetiva y no el sujeto (que es epicentro de la subjetividad) (Dussel, 1999). De este modo, la intersubjetividad se define como un aspecto de la comunidad humana que siempre es relacional. Desde allí se teje el relato de un *nosotros*, que de alguna manera se constituye en el “adentro” de la intersubjetividad (Dussel, 1999). Lo que por supuesto plantea varios desafíos:

1. Implica explorar la reciprocidad de perspectivas, “que yo me vuelva consciente de mí mismo (analizar mis temores), que no me quede en mí mismo y que acepte que el otro puede ser un sujeto que puede hacer lo mismo” (Filloux, 1996, p. 38). Esto indica la importancia de explorar la comprensión que hace el sujeto de los

significados de su propia experiencia y de los significados y la experiencia de otros sujetos.

2. Reconocer la presencia, en cierta medida, de la lucha por el reconocimiento, lo que implica reconocer tensiones, conflictos, negociaciones y que el encuentro con el otro y el espacio compartido no necesariamente significan consenso.
3. La intersubjetividad —si bien implica un retorno sobre sí, como lo hemos señalado, también puede interpretarse como que el sujeto es el punto de partida a la vez que es punto de llegada (Dussel, 1999)— está siempre ligada al diálogo, a la conversación y en esa medida exige explorar el punto de vista del otro. El reto en este sentido es procurar la intercambiabilidad de puntos de vista, considerando que “el entendimiento intersubjetivo entre los actores se alcanza mediante un proceso activo en el que los participantes asumen la reciprocidad de perspectivas” (Cisneros, 2000, p. 531).

Para Dussel (1999) es posible identificar niveles de intersubjetividad o tipos de relaciones intersubjetivas que pueden ser no sistemáticas (relaciones cotidianas, no institucionales, informales), sistemáticas (cumplimiento de funciones dentro de sistemas de simple organización) e institucionales. En este marco, considera el autor, pueden presentarse acciones no intencionales (sistemáticas, no sistemáticas e institucionales) o acciones intencionales (sistemáticas, no sistemáticas e institucionales).

Las acciones no intencionales se refieren a acciones concretas, pero no autoconscientes de los efectos de la acción intersubjetiva a mediano y largo plazo. Las acciones intencionales, en cambio, hacen referencia a la conciencia sobre los efectos de dicha acción, a la cual solo es posible acceder mediante un proceso de reflexividad. Para Dussel, así como en el nivel del sujeto existe una conciencia moral que confronta la vivencia desde un orden jerárquico de valores que enjuicia sus actuaciones, existe en la intersubjetividad la presencia de unos códigos valorativos socioculturales. En efecto, así como en el nivel del sujeto existe una conciencia crítica que lo ubica en un contexto sociohistórico y desde allí emerge la pregunta por la responsabilidad

en la producción y reproducción de la vida humana, existe en la intersubjetividad una conciencia crítica intersubjetiva que se pregunta por la responsabilidad de los efectos negativos no intencionales de las acciones de los actores en sistemas institucionales. En otras palabras, se trata de una conciencia que descubre de manera explícita la participación de los actores. La reflexión por los efectos intencionales y no intencionales de la acción, de este modo, nos permite pensar y aproximarnos al trabajo de profesionales del trabajo social en tanto su ejercicio se inscribe en una trama de relaciones a través de las cuales se pone en evidencia la alteridad, pues la acción está condicionada por la pluralidad humana, lo que hace que las consecuencias de cada acto sean ilimitadas (Arendt, 2013).

En síntesis: La intersubjetividad sitúa al sujeto en una relación con un otro con quien participa de un escenario común, pero también involucra el modo en el que los implicados se comprenden recíprocamente. Por ello se refiere a asuntos como la comunicación mutua, la experiencia compartida, el vivir juntos en un mismo espacio y tiempo, constituidos. Para el caso de la presente investigación, por el espacio y tiempo del trabajo. Ello no significa que no se dé un escenario de lucha y de conflicto, ni que haya consenso per se. En efecto, compartir un mismo espacio también implica distancia y diferenciación al igual que tensiones y procesos de negociación. En otras palabras, la intersubjetividad implica la construcción de la experiencia de un NOSOTROS: Se pertenece a una comunidad intersubjetiva.

Al respecto señala Dussel (1999): “Si el YO es el epicentro del sujeto como tal, el ‘NOSOTROS’ es el epicentro de la ‘intersubjetividad’ con conciencia (no necesariamente intencional) de los efectos” (p. 8). En el caso de este estudio, el NOSOTROS se refiere a “nosotros, los profesionales de trabajo social”, en el marco de unas burocracias institucionales. La intersubjetividad, en este orden de ideas, implica el reconocimiento mutuo entre los copartícipes de la multiplicidad de sentidos que emergen. Pensar desde la intersubjetividad implica la no pretensión del sometimiento del otro y la búsqueda de sintonización en el mundo de la vida (Gadamer, 1998). No es el relato del sujeto sino el relato de un nosotros

relacional. De lo anterior se deduce que lo intersubjetivo siempre está vinculado a un contexto y que los actores y las estructuras se influyen recíprocamente. La acción de los sujetos no se da por fuera de unas condiciones específicas, de modo que es posible identificar en la acción propiedades de la estructura (Giddens, 1986).

Categorías de análisis del estudio

Dos son las categorías de análisis que engloban el presente estudio. Por un lado, el trabajo social como un modo de trabajo y, por el otro, la intersubjetividad como referente para la construcción de significados sobre el trabajo.

En esta investigación nos situamos en los estudios interdisciplinarios sobre el trabajo. Sin embargo, nuestros análisis no se circunscriben en los modos de trabajo ligados a lo productivo, como lo son, en el sentido clásico, la fábrica y en un sentido más contemporáneo el trabajo inmaterial. Nuestro ámbito de análisis se sitúa en unos modos de trabajo ligados a la reproducción de la sociedad, que si bien se consideran al margen de los procesos productivos están directamente relacionados con ellos. En particular, nos referimos al trabajo de profesionales del trabajo social cuyas lógicas, siguiendo los planteamientos de Dubet, corresponden a un modo de “trabajo sobre los otros” o, como lo señala Arango (2011), se trata de un “trabajo de cuidado”. En la medida en que este trabajo se insertó en la lógica de la sociedad salarial entró a compartir buena parte de la lógica con la que se desarrolló el trabajo productivo.

Trabajo social: ¿una forma de trabajo sobre los otros o una forma de trabajo de cuidado?

Hemos venido señalando que el concepto de trabajo en Occidente no ha sido unívoco. Su restricción y homogeneización, que lo vincula casi que exclusivamente a trabajo productivo, obedeció a la expansión del capitalismo. En esta lógica el trabajo se convirtió, para el sujeto, en un simple medio para ganarse la

vida. Esta lógica no solo redujo al trabajo a su mínima expresión, sino que lo despojó de otros sentidos, otras motivaciones y separó al sujeto del objeto producido.

Si bien el trabajo productivo —asalariado— se tornó hegemónico, otras actividades no mercantiles ligadas a la vida fueron necesarias para el funcionamiento de la sociedad; en ese marco surgieron los trabajos que se ocuparon de lo social, que, aunque su centro no fue la racionalidad económica, eran necesarios para el avance de esta. Por ello afirmamos que se situaron en los intersticios entre la producción económica y la reproducción de la sociedad.

Al respecto, Gorz (1991) señaló que en sentido estricto la actividad denominada trabajo desde el punto de vista económico debía cumplir por lo menos con cuatro funciones: 1. Crear valor de uso; 2. Tener como perspectiva un intercambio mercantil; 3. Realizarse en la esfera pública; y 4. Realizarse en un tiempo susceptible de ser medido. Sin embargo, no todas las actividades se insertaron al mercado, no todas las que se han insertado cumplen con estas funciones y no toda remuneración recibida como producto de un intercambio es su finalidad.

El trabajo sobre los otros (Dubet, 2002) y el trabajo de cuidado (Jelin et al., 2012) pueden ser dos modos de trabajo que pueden ejemplificar la idea del trabajo en los intersticios entre la producción y la reproducción. Lo intersticial de alguna manera evoca un cruce de caminos en algunos momentos, y unas distancias en otros. Tomamos estas dos denominaciones en tanto en los últimos años han sido asumidas para definir el trabajo de profesionales de trabajo social.

Una de las características comunes entre el trabajo sobre los otros y el trabajo de cuidado es la dificultad de hacerlos medibles, por lo menos en los términos como lo propuso la organización moderna del trabajo, su “producto” se objetiva en las relaciones sociales, de ahí la relevancia de plantear un análisis desde la intersubjetividad, y suele ser intangible³⁵.

³⁵ De la Garza Toledo (2011) plantea que el concepto de “intangible” no deja de ser polémico y simplista dado que en la medida que puede indicar que no se puede tocar, remite solo a dos de los sentidos como lo son la vista y el tacto. Sin

El “trabajo sobre los otros” se define como un tipo de trabajo en el cual se establecen vínculos afectivos a partir de la relación cara a cara, y desde el cual la «producción» es difícil de objetivar y de evaluar (Dubet, 2002). De acuerdo con el autor, el trabajo sobre los otros no se entiende como un momento en el proceso de producción donde la mercancía o producto del trabajo se sitúa por fuera de su productor. Por el contrario, se instala en aquel núcleo de relaciones en el que a diferencia de las relaciones industriales, donde hay una separación de productores, medios de producción y productos, su trabajo sí pertenece a su productor (Dubet, 2002); en el mismo sentido lo plantea Gorz (1991): “No se trata como en el trabajo de producción de producir unos actos o unos objetos predeterminados separados de la persona del productor, sino de definir en función de las necesidades de los otros, los actos o los objetos que hay que producir” (p. 187).

En la medida que este tipo de trabajo se inserta en procesos de socialización, tiene como objetivo “producir” individuos socializados y autónomos; es un modo de trabajo que se inscribe en el “programa institucional” (Dubet, 2002), entendido como el esfuerzo emprendido para socializar a los individuos en unos valores universales definidos por la modernidad en Occidente, y, por tanto, en un esfuerzo por lograr su integración a la sociedad a través de educar, formar, castigar, cuidar. Para el autor se trata de un tipo de trabajo que adquirió una forma institucional (como por ejemplo el trabajo de médicos, educadores y trabajadores sociales) y que, de acuerdo con Dubet, se encuentra en declive, lo que genera un profundo sentimiento de crisis en los actores.

Sobre el tema, Bourdieu (1999), al referirse al trabajo de una trabajadora social francesa, afirma que se trata de un trabajo que confronta al actor no solo desde sus propias contradicciones, sino desde las contradicciones que percibe en la institución a la que pertenece, las cuales en muchas ocasiones asume como sus propios dramas personales.

.....
 embargo, sugiere, que los productos derivados de los servicios pueden ser percibidos a través de los otros sentidos (la vista, el oído, el gusto). Así se podría señalar el producto de la cocina de un restaurante, o una pieza musical en un concierto.

En este orden de ideas, el trabajo sobre los otros es un trabajo para sí mismo, de relativas autonomías, relativas subordinaciones y que reproduce algunos de los elementos de la organización del trabajo de la fábrica pero que no se define desde allí. Por ello, justamente, adquiere un lugar intersticial.

En lo que se refiere al trabajo de cuidado hay que señalar que emergió en el marco de la crítica feminista que cuestiona al concepto clásico de trabajo, en tanto, desde su punto de vista, dicho concepto es incapaz de dar cuenta de otros modos de trabajar, es antropocéntrico y limitado al excluir, despreciar, desvalorizar y ocultar buena parte del trabajo de las mujeres, negando por esa vía su aporte a la economía y ubicándolo por fuera del mercado. El trabajo de cuidado visibilizó, así, otras actividades que, siendo consideradas como marginales y por tanto no merecedoras de remuneración, no solo han contribuido con el funcionamiento de la sociedad, sino que justo desde su lugar han realizado un importante aporte a la economía y a la sociedad. El feminismo destaca que ha sido principalmente un tipo de trabajo asumido por las mujeres y eso de alguna manera explica su marginación en la medida que ha sido ocultado de la producción.

El trabajo de cuidado es definido como un conjunto de actividades diversas y dispersas que se insertan como parte de las preocupaciones de la existencia humana y del compromiso con la construcción de un mundo común. En palabras de Moliniere (2011), se trata de dar cuenta del trabajo allí donde la teoría clásica solo quería ver amor y altruismo. Abarca un conjunto amplio de modalidades, experiencias y posiciones en las que se incluyen diversos tipos de tareas, algunas consideradas “más nobles” o de mayor prestigio por su carácter profesional (salud, educación, trabajo social), y otras que se asumen como “menos nobles” o “sucias” (empleo doméstico, aseo, limpieza). Siguiendo este orden de ideas, el trabajo de cuidado es ante todo una experiencia moral, un tipo de trabajo realizado para conservar la propia vida, pero también la vida que viene de atrás y la vida de otros. Es decir, todo lo que se hace para mantener, continuar o reparar nuestro mundo (Paperman, 2011); esto significa que el mundo social se ha sostenido sobre la base de un trabajo que no ha sido reconocido y por el contrario

ha sido moralmente desvalorizado (Arango, 2011). Es una actividad que puede ser remunerada o no, que en términos de la temporalidad no puede ser controlada y de la misma manera que en el trabajo asalariado, puede estar mediada por un contrato o no, pero, sobre todo, es importante entender que en él se cristaliza buena parte de la contribución que las mujeres hacen a la economía y que por tanto no puede situarse por fuera del mercado.

En el trabajo de cuidado, a diferencia del trabajo de la fábrica en el que se separa el mundo del trabajo del mundo de la vida —separación que también está presente en el trabajo sobre los otros al constituir como escenario de trabajo a la institución—, el trabajo se inserta y se realiza desde la cotidianidad; es decir, se trata de una práctica contextualizada unida a las particularidades y las situaciones de las personas de tal manera que implican proximidad, receptividad e involucran dimensiones emocionales, morales, simbólicas.

El trabajo de cuidado no debe confundirse con el amor de las mujeres en tanto es una actividad siempre contextualizada en diferentes niveles —personas comprometidas, instituciones, ciudadanos—,

cuidar a otro no es pensar en el otro, preocuparse por él de manera intelectual o afectiva, tampoco es necesariamente quererlo. Es hacer algo, producir un determinado trabajo que participa directamente del mantenimiento o de la preservación de la vida del otro, es ayudarlo, asistirlo en las necesidades primordiales: comer, asearse, descansar, dormir. (Moliniere, 2011, p. 56)

Y como tal debe ser valorado. Ahí está su carácter intersticial.

Tanto en el trabajo sobre los otros como en el trabajo de cuidado, la remuneración no necesariamente aparece como un imperativo y cuando la hay, se da con independencia del rendimiento. En general, se trata de actividades que implican un compromiso moral y que por tanto se espera que se realicen de manera desinteresada. En el mismo orden de ideas también pareciera que lo económico pasa a un segundo plano. En su lugar se engrandece la satisfacción personal. Por eso en muchos de estos trabajos se convoca a un cuerpo de voluntarios que acompañan a algunos profesionales.

Es decir, se trata de un trabajo que puede ser remunerado o no.

Frente a todo lo anterior, consideramos que el trabajo de profesionales de trabajo social ocupa un lugar intersticial en el sentido de que en algunos momentos adquiere el modo de trabajo sobre los otros (sobre todo cuando se da en marcos institucionales bajo una remuneración y con una demanda de resultados), mientras en otros, adquiere la forma de trabajo de cuidado, por el tipo de actividades que se hacen. También comparte en algunos momentos la lógica del trabajo productivo. Sin embargo, ninguna de dichas categorías permite englobar en su conjunto el trabajo profesional.

Intersubjetividad: Experiencia y significados sobre el trabajo

La otra categoría de análisis central para aproximarnos al trabajo de profesionales del trabajo social en el presente estudio, es la intersubjetividad. Es decir, nos interesa analizar el trabajo desde la experiencia y significados que realiza este colectivo profesional. Entendemos la intersubjetividad a partir de la manera como profesionales del trabajo social comprenden su propio trabajo en relación con otros con quienes comparten y construyen rutinas en la cotidianidad del mundo institucional.

El concepto de experiencia de trabajo es central para acercarnos a la intersubjetividad, en la medida que explora una perspectiva relacional. De este modo, se entiende que el trabajo de estos profesionales implica a sujetos en relación, lo que incluye el encuentro permanente con otro y con otros. De otro lado, entendemos al colectivo de profesionales del trabajo social como una comunidad intersubjetiva; desde allí, nos interesa indagar por el relato de un nosotros, no desde el consenso y la homogeneidad, por el contrario, creemos que la posibilidad del diálogo implica el encuentro de versiones que pueden ser contrarias entre sí y que no está ajeno a disputas y tensiones.

Desde el ángulo de la intersubjetividad indagamos entonces por la experiencia de trabajo, es decir, por las reflexiones que profesionales del trabajo social hacen sobre la vivencia de trabajar, así

como por el significado que han elaborado sobre el trabajo en general y el que también han hecho sobre el trabajo de profesionales del trabajo social, en particular.

La experiencia y la construcción del significado, siguiendo los planteamientos de Schutz, no pueden verse por fuera de un contexto de significado, ni tampoco por fuera de relaciones y posiciones presentes en los modos de trabajar. En este sentido, si bien resulta relevante para esta investigación destacar una dimensión objetiva del trabajo de estos profesionales, su análisis se realiza desde las interpretaciones que hacen los sujetos sobre dicha dimensión; en ese sentido consideramos asuntos como el contexto, condiciones laborales, tipos de contrato y características del trabajo, asumiendo de este modo que el trabajo es una actividad objetiva-subjetiva-intersubjetiva, como lo hemos señalado.